

hasta apetencias artísticas, éticas y religiosas; que en el fondo del alma y en lo hondo del cuerpo están tal vez las raíces de nuestras miserias; pero también los orígenes de nuestra grandeza.

Hubo un tiempo—el tiempo de la Psicología atomista—en que la inteligencia era todo en el juego de las fuerzas psíquicas. Desde el comienzo, se abstraía de las sensaciones—esquemáticamente—su carga sentimental, y en lo alto del juego de fuerzas la inteligencia tomaba limpiamente las ideas para pensarlas, fría e impassiblemente, y decidir. La inteligencia quedaba así encerrada en un luminoso coto de maravilla, a resguardo de los influjos del cuerpo y las pasiones del hombre, aislada del tiempo, sin hacer apenas pié en el espacio. A aquella labor disociadora ha sustituido una orientación de síntesis, iniciada por *Wundt* con el estudio de las conexiones y desarrollos de los procesos psíquicos, y el hombre de la psicología no es ya el hombre pensante, hincado de codos sobre la mesa en una interminable partida de ajedrez, sino el hombre entero, con su inteligencia, pero también con su cuerpo, con sus sentimientos y sus pasiones, situado en el espacio entre hombres, y viviendo en cada instante su propio tiempo y el tiempo inactual. Ahora la persona psíquica se considera irremisiblemente ligada al cuerpo (psicología médica de *Kraus*, de *Biswanger*, de *Kretschmer*; paralelismo mecanista y psicovitalismo, en cierto modo), y se asegura que lo más específicamente ligado a la persona no es la elaboración juiciosa, inteligente, sino la afectividad y, más aún, la actividad del Yo, la intencionalidad (*Denkpsychologie*; *Aktpsychologie*; psicología científico-natural). El conductismo, la reflexología, la teoría de los reflejos con-

